

MICROBIOS VENIDOS A MÁS¹

ANA CARRASCO CONDE: *Infierno horizontal. Sobre la destrucción del yo*, Madrid, Plaza y Valdés, 2012.

Lo primero que olvida el narcisista, el egoísta y el orgulloso es su condición estricta y humildemente microbiana. No es que olvide la condición microbiana del ser huma-

no, que esa la tiene bien presente, sino su propia –la suya, la que como individuo le pertenece y determina- insignificancia. Olvida sus miserias, su íntima pequeñez, su omnímoda e inesperada vulnerabilidad. Un olvido de sí –olvido de lo más íntimo de sí, que es deuda y es culpa- imperdonable y que le condenará al infierno de tener que recordarse

siempre como realmente era: pues el infierno no es otra cosa que el eterno retorno del sí mismo, de la mismidad.

Aun cuando siempre entraña un recuerdo machacón, monótono y constante de lo que verdaderamente es uno, dos son las formas que el infierno ha asumido en la tradición occidental: uno es el infierno del mundo premoderno, un infierno de verticalidad descendente con terribles puertas de entrada y a veces orificio de salida, y otro bien distinto es el infierno de nuestros tiempos, que es un averno horizontal del que no cabe escapatoria ni, por tanto, relato certero. El infierno premoderno, configurado según una imaginaria espacial bien definida, se desplegaba de arriba abajo, de tal manera que adentrarse en sus profundidades era emprender un viaje hacia un abismo insondable del que, sin embargo, algunos heroicos mortales habían conseguido retornar: Orfeo, Odiseo, Eneas o Dante son los más célebres. Pero el ensayo de Ana Carrasco Conde se ocupa especialmente de ese otro infierno que es el de nuestros días y que se extiende siempre en un mismo plano: un plano que parece expandirse de manera infinita pero que en realidad no es otra cosa que un infinito repliegue hacia el corazón de la mismidad, es decir, del yo que con un perpetuo movimiento de autoafirmación se ve condenado a encerrarse para siempre en su sí mismo.

Una visita guiada a las regiones infernales nos permitirá calibrar hasta qué punto el sujeto se constituye por el dolor, porque el dolor lo demarca, singulariza y determina. Pero, paradójicamente, esa misma autoconformación que posibilita el dolor es también la herramienta de su descomposición, de su conunción, de su final y definitiva desintegración. Ni siquiera, como se verá después, la

culpa de un inmoderado amor a uno mismo es necesaria: basta con que el sufrimiento sea lo bastante agudo para que el yo se vuelva sobre sí y quede condenado a vivir un infierno espiral –no en vano, en la portada de este libro los círculos del infierno decrecen horizontalmente, como si de un muelle o de una caracola se tratara.

De ese modo, lo característico del infierno en toda la tradición cultural europea no es solo el sufrimiento, sino también su repetición. Un dolor puntual, por intenso que sea, no alcanza dimensiones infernales. Para sentirnos hundidos en el Tártaro el sufrimiento ha de volver una y otra vez, y ha de volver en la forma que mejor representa al condenado: como en Milton o en Dante, las almas están suspendidas en una temporalidad difusa, petrificadas en su yo más prístino, enquistadas en ese yo narcisista que es precisamente el que los ha condenado. El dolor llega para quedarse ya por siempre, y para encerrar siempre más en sí mismo a quien ya no podrá eludir una identidad insufrible entre víctima y verdugo. De ese modo, en el recorrido descendente que en la cartografía infernal premoderna conduce al fondo de la ciudad de Dite, ese ensimismamiento congela al condenado en la forma que determinó su caída: el pecado, que suele ser algún tipo de violenta exigencia de reconocimiento de los otros o de negligente olvido del reconocimiento que a los otros se debe, es el vehículo y la forma misma de la condena, otorgando un sentido moral preciso al conjunto de la narración infernal. La circularidad del averno sigue siendo insoportable, el dolor espantoso, pero su estructura vertical es también metáfora de una forma narrativa que dota de sentido al conjunto del relato. Y el sentido no redime, pero consuela.

Así pues, el dolor hace al yo hundirse en su propia cárcel: “el cuerpo y la mente son muro y prisión” en los dos tipos de infierno, que se caracterizan por entrañar para el sujeto una imposición de dolor puro. Sin embargo, en el infierno vertical la condena, como parte de un movimiento progresivo y descendente del encapsulamiento del yo a su enquistamiento, se explica como final necesario y por tanto lleno de sentido, mientras que en el infierno horizontal es el dolor mismo, no la culpa de un yo egoísta, lo que produce la curvatura. De ahí el carácter gratuito e incomprensible del dolor y del infierno. Si en el mundo bien ordenado teológicamente la gracia es redentora del mal, en el mundo desfondado y mal construido de la modernidad lo que se nos da gratuitamente es el desasosiego, la desazón y la desesperanza: el dolor crea un torbellino y el propio vórtice nos impide alcanzar la salida. En la modernidad, el infierno horizontal no sustituye sino que se superpone al infierno vertical. El infierno ya no tiene que situarse imaginaria o geográficamente en un lugar remoto, pues nuestro mundo se ha convertido en el único posible y en él han de convivir, al retortero, cielo e infierno. Los modernos damos por descontado que nuestro mundo está mal hecho, y por eso los inocentes son castigados y los culpables ven expedito el camino del éxito. En este nuestro mundo, la suma felicidad, que ya nunca será beatitud plena, no habita muy lejos de la más miserable desdicha. Sí, qué duda cabe: este nuestro mundo es impuro, un híbrido de bienes y males donde no cabe poner nada a salvo. Por eso, es precisamente a las puertas de nuestro infierno moderno donde hemos de abandonar toda esperanza: también la última de todas ellas, la esperanza en que un re-

lato inteligible esparza sentido sobre nuestro dolor y nuestra condena.²

Y es que el infierno que en sus peores distopías concibe el mundo moderno aprisiona a un yo cuyo sufrimiento y penitencia no pueden de modo alguno remitirse a alguna idea –por remota, autoritaria o dudosa que sea– de justicia. En nuestro mundo, ni el miedo, ni el dolor ni la angustia son trágicos, sino vulgares. De hecho, ya no hace falta morir para sufrirlos: la visita a los infiernos ya no es heroica porque es común, y porque una vez dentro no queda ningún lugar externo en el que refugiarse o a donde regresar para contarlo. Bien es verdad que podrán identificarse diferentes tentativas de huida, pero todas se verán ineludiblemente frustradas: si el infierno es el corazón del yo, no hay lugar alguno que pueda cobijar al yo en su intento por dar esquinazo a su propio infierno (después de todo, ¿a dónde podrá ir –qué nuevo rostro podrá adoptar– quien se cansa de su piel y de su cara?³).

De manera que los intentos de fuga señalan, muestran, apuntan a los bordes del infierno –pero, ¡ay!, solo para descubrir que los límites de mi infierno son los límites de mi mundo. Y en un mundo que coincide palmo a palmo con el infierno ya no hay rastro de Justicia: sus pies no hoyan una tierra que definitivamente ha resultado ser una chapuza. Y tampoco hay lugar para los héroes que descienden al averno, porque en el averno ya estamos: es la atmósfera que nos envuelve, el mundo que habitamos, la condición que somos, el cuerpo mismo que nos constituye. La huida está cortada porque el infierno se lleva dentro, y acompaña al condenado allá donde vaya. Así comenta la autora que ese mundo que para el joven Werther era un paraíso se convirtió, sin más, en su infierno: un

infierno inescapable porque lo pone el propio sujeto, porque está ya en su mirada.

Como sostiene Ana Carrasco Conde, lo característico del infierno no es solo la constancia del dolor, sino la reiteración de un mismo sufrimiento que consiste en agudizar la curva sobre el propio yo, de manera que “la repetición no hace sino extremar la conciencia hasta hundirla en la transparencia de la coincidencia del yo con su dolor”. Todo es presente, todo es contemporáneo, todo está ahí, no hay afuera: por eso el olvido ya no es posible y, una vez caído, el sujeto está condenado a una experiencia de su infierno permanente, constante, vivida, imposible de suprimir o de ignorar, imposible incluso de atemperar. Inocentes o culpables, los condenados están presos en la experiencia sempiterna e insoslayable de la “conciencia extrema del yo”: condenados al en-sí sin para-sí de la conciencia, es decir, a una conciencia tumefacta y sin esperanza alguna de encontrar ocasión para el reconocimiento y, por tanto, la cura.

Precisamente por eso, la imagen más nítida del infierno horizontal es el *Lager*, donde el inocente se cree culpable y el culpable se hace el inocente: esta indefinición moral inducida y enteramente asumida es su tormento más cruel, pues el preso no solo no se merece el sufrimiento, sino sobre todo no se merece la culpabilidad. En el *Lager* no hay testigo posible, pues quienes de verdad tocaron fondo, los “hundidos”, nunca tendrán ocasión de contarlo. El testigo es un superviviente, no un mero visitante, pero el que vive para dar testimonio no ha bajado a las simas más profundas del infierno y, por tanto, tampoco puede narrar el horror en su plenitud fenoménica, en su condición de absoluto subjetivo. El infierno, por tanto, no pue-

de narrarse, y el cuerpo del condenado es tanto su cárcel (*séma*) como el propio símbolo (*séma*) de su mal: nada fuera del dolor del condenado puede dar cuenta del infierno que sufre. Nada fuera del dolor. Y esa imposibilidad de encontrar alivio en las consoladoras letras de un relato, esta imposibilidad de ver su infierno representado, su dolor inteligible, es quizá su segundo tormento más cruel. Ahora, como señalará la autora de la mano de Kertész, el mundo del condenado ya no solo es terrible, sino además indescifrable, radicalmente nuevo e insólito, imposible de encuadrar en ningún modelo.

Sin embargo, como todo buen libro, el de Ana Carrasco Conde deja un extraño sabor a paradoja: sabemos que el *Lager* no es un castigo o que, en todo caso, es un castigo inmerecido, y por eso sostiene que “la sombra que sobre él siempre planea es la de la injusticia”. Por eso, prosigue, es, “en este infierno, oportuna y, aún más, imprescindible la pregunta por la justicia y el merecimiento del castigo”. Pues sí, oportuna e imprescindible. Pero justo eso es lo que se ha hecho en tantas obras como la autora cita y comenta a lo largo de este texto: preguntarse por la justicia, y por la justificación de cuanto hacemos y decimos. Y es lo que seguimos haciendo, aun cuando no dejemos de crear nuevos infiernos que a duras penas logran ganarse un nombre y hacerse así patentes a nuestra roma sensibilidad. Que un ensayo como este sea posible, que podamos diferenciar entre dos modalidades de infierno —la que encaja en un mundo ordenado y la que da al traste con toda esperanza de orden en el mundo— es ya un triunfo del bien sobre el mal, de la justicia sobre la injusticia, de la razón sobre la locura. Que no es lo mismo sufrir sin más un castigo que merecer algu-

no es algo que este libro no puede explicar. Y sin embargo, lo muestra. Y lo muestra, por cierto, con exquisita brillantez.

En resumidas cuentas, el infierno no es un lugar, como insiste la autora. Pero sí existe un lugar para el infierno: ese lugar es el propio yo que lo sufre, lo recibe y lo refracta. Un yo que necesita y no puede abrirse al otro. Pero es que ese otro, como sabemos por quien lo sufre “a puerta cerrada”, es el verdadero infierno. Lo es porque ese otro -por perversión o por incapacidad, de uno o de otro- deniega reconocimiento al yo. La destrucción del yo que deriva de su excesivo despunte es, en definitiva, un déficit social, una mala gestión de la vida en común. Que dicha mala gestión nos castigue sin culpa es una posibilidad, y que ello imposibilite cualquier reconciliación con un mundo que se nos aleja –o se nos acerca demasiado, hasta aplastarnos- es también posible. Pero lo que no es posible, entonces, es negar *toda* esperanza: este libro es, entonces, una anomalía en su propio pesimismo, y como un amable

Virgilio que nos despidiera a las puertas del purgatorio, nos guía hacia lo que –más allá de ilusiones vanas- podría ser una salida. Y es que no esquivaremos el infierno por recordar nuestra abyecta condición de microbios venidos a más, pero sí cuando trencemos nuestra propia insignificancia en la trama de todas las demás. Y eso solo es posible si se cree de verdad, como hace la autora de este libro, que –más allá de si el mundo está o no bien hecho- hay cosas que están bien y cosas que están mal. En conclusión, que hay castigos injustos, como absoluciones culpables, es entonces un presupuesto, un punto de partida –y por ende una esperanza, un punto de llegada: de manera que este libro constituye una laguna feliz en medio de ese páramo de pesimismo antropológico que fatalmente se nos despliega a lo largo de sus páginas.

Rocío Orsi

Universidad Carlos III, Madrid

NOTAS

¹ Esta expresión aparece en un verso de Roberto Iniesta: *vid.* “Bulerías de sangre caliente”, *Deltoya* (1992).

² Después de todo, Dante y Virgilio violan el lema que

pendía a las puertas del Infierno cuando consiguen salir de él, y contarle.

³ Como se lamenta R. Iniesta en “Sucedé”, *Agila*, 1996.